

# LA BAJADA DEL ANGEL

Con este nombre es conocida una original y antiquísima

función religiosa que se celebra en Tudela a las seis de la mañana del Domingo de Resurrección, y que constituye la representación escénica de la aparición del Angel a María anunciándole la resurrección de Cristo.

Desde principios del siglo XIV y hasta 1663 iban en la procesión seis niños vestidos de ángeles, «a los cuales—según los documentos de la época—se les daba confitura». Pero a partir del año citado se modificó el símbolo en la forma que ha pervivido hasta el presente, es decir mediante un niño vestido de angel que suspendido de una maroma desciende por ella hasta quitar un velo que cubre el rostro de la Virgen.

La función tenía lugar en la Plaza Vieja. El Sábado Santo por la tarde se trasladaba procesionalmente la imagen de la Purísima desde la Catedral hasta la sala baja del Ayuntamiento. A la mañana siguiente salía la procesión con el Santísimo por la puerta de Nuestra Señora del Portal y, dando vuelta por la calle del Almudí (hoy del Pontarrón), entraba en la Plaza y se detenía en ella. Entonces salía la Virgen del Ayuntamiento y la imagen era colocada en lugar conveniente para que el Angel pudiera quitarle el velo. La aparición del Angel tenía lugar en el balcón central de la Casa Consistorial, descorriéndose dos cortinas.

De cuando esta función se celebraba en la Plaza Vieja poseemos tres testimonios, uno gráfico y dos literarios, de singular valor.

Consiste el primero en el dibujo que el célebre bibliófilo y publicista tudelano Juan Antonio Fernández, hizo en 1787 y del que adjunto una reproducción.

El dibujo, infantil, incorrecto, pero muy detallista, nos ofrece, sincronizadas, dos escenas del espectáculo: la bajada del Angel en el momento en que éste acaba de quitar el velo negro que cubre el rostro de María; y la procesión que, después del descenso angélico, sigue su camino a través de la Plaza.

Abren marcha el macero y la cruz parroquial. Van detrás los infantes de la Capilla cantando acompañados por un fígle y un óboe, los canónigos, el Angel, portador de una bandera, la imagen de la Purísima, conducida por cuatro capellanes, el Santísimo bajo palio y, cerrando la comitiva, los Regidores con traje de golilla y espadines.

Sirve de fondo al cuadro la Catedral con la capilla de Santa Ana y la torre, excesivamente achatada para que quepa dentro del dibujo. El edificio de la derecha es la Casa Consistorial. En el balcón de la izquierda y colgando al extremo de un largo vástago se ve un muñeco. Es el Volatín, símbolo de la desesperación y el suicidio de Judas.

En el año 1797 residía en Tudela un sacerdote gascón emigrado de Francia por causa de la Revolución. Se llamaba José Branet y dejó escritas unas notas muy interesantes acerca de su estancia en Tudela. Refiriéndose a la Bajada del Angel en dicho año escribe:

«El día de Pascua, hacia las seis de la mañana, el Cabildo sale en procesión de la Catedral. Va precedido de varias personas que llevan unas hachas encendidas en la mano; sigue en seguida la estatua de la Virgen cubierta de un velo negro y los canónigos que llevan el Santísimo Sacramento. Cuando la Virgen aparece sobre la plaza, un niño, casi desnudo, adornado de un vestido de tafetán que le ciñe parte del cuerpo, tal como se representa a los ángeles portadores de una buena nueva, y teniendo una antorcha encendida en la mano izquierda, desciende suavemente del balcón principal de la Casa Ayuntamiento, por medio de sus alas (!) y de una cuerda sólidamente tendida de un extremo a otro de la plaza, elevada del lado de salida y que desciende insensiblemente hacia el extremo opuesto. Llegado al sitio donde se ha detenido la imagen de la Virgen, le anuncia la resurrección de su Hijo y le quita el velo de luto que la cubre. La alegría parece pintada en su rostro. Después de haber llenado su embajada, vuelve como si volase hacia el balcón de donde había partido, el que se cierra al instante. La Virgen está muy adornada y tiene una cara risueña. Esta ceremonia atrae mucha gente y merece ser vista».

Otro precioso documento literario acerca de esta vieja ceremonia es el artículo que con la firma «V de la F» (Vicente

Lafuente) apareció en el «Semanao Pintoresco Español» del año 1841.

Es un artículo colorista y gracioso, lleno de fuerza descriptiva y animado de fino humorismo. Dice así:

#### LA BAJADA DEL ANGEL

«Considera, pues, alma cristiana y contemplativa, que te hallas a las márgenes del Ebro el domingo de Resurrección a cosa de las seis de la mañana: aproxímate en espíritu a la catedral vieji-nueva de Tudela y, dejando a un lado su torre desmochada, avanza por aquellos escalones que allí sirven para bajar, así como en otras partes sirven para subir... vendrás a parar a una puerta por donde salen las procesiones. Allí verás dos soldados romanos hechos de humo de pez y almazarrón, con dos tremendos brochazos por debajo de las narices (vulgo bigotes); su oficio es guardar la puerta, y son tan espantosos que se las pueden tener a mano con los otros diablos de la otra portada. (Alude a la del Juicio).

Principian a sonar las campanas, los fieles van saliendo de dos en dos y tú, piadoso lector, para verlo mejor haz cuenta que te colocas entre filas y vas atravesando aquellas calles y encrucijadas que no se parecen a la calle de Alcalá ni en lo ancho ni en lo recto. La procesión desemboca por un callejón en la calle del Mercado (es en la Plaza Vieja donde se celebraban entonces los mercados) frente por frente de las Casas Consistoriales. En uno de sus balcones hay un tabernáculo a manera de biombo en el cual están fijas las miradas de la muchedumbre que llena la plaza, a no ser que las distraiga otro objeto que llama no menos su atención.

Es el caso que, según aquella regla de que «lo ridículo va al lado de lo sublime», se suele colocar en otro balcón paralelo al del tabernáculo, un pelele, maniquí o como se llame, vestido de pantalón encarnado y casaca azul, el cual tiene todo el cuerpo lleno de goznes de modo que, al columpiarse en el aire a impulso del torno que lo menea, ofrece gratuitamente al público espectador escenas de descoyuntamiento superiores a las de Montero y Kelinigike; y no falta alguna vieja que al verle cimbrarse y ejecutar tan violentas posturas, esclame con tono plañidor.

¡y que haya madres que paran hijos para verlos en tan triste situación!

Entra la procesión por la plaza adelante y entre tanto sale en dirección opuesta una cofradía llevando en andas a la Virgen, cubierta con un gran velo en señal de dolor, y viene a colocarse hacia la entrada de la calle por donde sale la procesión. Párase ésta; descansan los conductores de la Virgen, y toda la concurrencia espera por momentos la apertura de los cielos y la bajada del ángel.

Abrese el tabernáculo (los cielos), y aparece dentro de él un niño de 12 a 14 años (el ángel), con sus alas pintadas, casco dorado, tonelete blanco, coraza bordada de lentejuelas y demás adminículos que tocan y atañen al atavío angélico. Entonces el numeroso concurso lanza un grito de alegría, las viejas lloran de gozo y las jóvenes rezan Ave Marías para que no se rompan las cuerdas y se caiga el ángel. No hay que creer que este hace su descensión por alguna maroma a guisa de volatinero, ni mucho menos por escalera, lo cual sería muy prosaico: nada de eso; el mecanismo es algo más complicado.

Su alteza angélica está colgada de una maroma en la cual hay una nube de lienzo a manera de timbal de la que pende el niño por medio de fuertes correones y abrazaderas: además lleva él un pie sujeto a otra maroma igual a la primera, lo cual hace su postura menos violenta. Estas maromas van a parar a una casa de enfrente desde la cual las tiran por medio de tornos, y en virtud de esto el ángel va descendiendo.

La primera vez que presencié este descendimiento aéreo, observé que todos bajaban la cabeza al tiempo de pasar el ángel por encima, y que entonces ni aun se atrevían a mirarle. Creí que esto sería alguna prueba de respeto, semejante a la de Elias cuando se cubrió el rostro con las manos al sentir el vientecillo suave que le anunció la presencia sensible de la Divinidad. Pensando en esto, y mirando al ángel que en aquel momento era mi zenit, sentí de pronto un dolor agudo en la cara: creí que fuera «in poenam peccati», pero bien luego me convencí de que no era sino un gran asperjes de cera derretida que me había interesado (hablando facultativamente) la frente y las cejas, las mejillas y la ropa. Es el caso que el ángel llevaba en sus manos una acha de cera labrada, y como iba haciendo cortesías a la Virgen a dos manos, repartía lamparones sobre los espectado-

res, bien al contrario que los reyes de Francia el día de su coronación (1).

Por fin llega el ángel en su descenso a un punto desde el cual, bajando un poco la mano, puede coger el velo con que va cubierta la Virgen. Entonces el público espectador lanza estrepitosos gritos de alegría, las campanas aturden, el pelele se agita haciendo las más ridículas contorsiones y concluye de rasgar calzones y casaca: entretanto los de la Casa de Ayuntamiento pegan dos fuertes tirones y en un abrir y cerrar de ojos vuelve el ángel al tabernáculo y desaparece gracias a las portezuelas de éste.

Entonces la procesión rompe su marcha por segunda vez y vuelve a entrar por la puerta de que salió».

La Bajada del Ángel siguió celebrándose en la forma que describe el articulista del «Semanario Pintoresco» hasta 1851. En este año el Ayuntamiento expuso a la Cofradía del Santísimo (organizadora de esta típica fiesta) que a causa de hallarse en ruina la fachada de la Casa Consistorial y por resultar pequeña la Plaza Vieja para el gran concurso de gentes forasteras y de la ciudad que acuden a presenciar el espectáculo, convendría trasladar éste a la Plaza Nueva, como así se hizo.

Solamente en tres ocasiones ha dejado de celebrarse la tradicional representación. En los años 1809 a 1813 a causa de la guerra de la Independencia y de la ocupación de la ciudad por los franceses. En el año 1869 porque, al llegar la procesión a la Plaza Nueva rompió a nevar copiosamente. Y en los años 1932 a 1936 inclusive por causa de la República.

Describire ahora, rápidamente, la forma en que esta fiesta se celebra en la actualidad.

Poco antes de las seis de la mañana llega a la Plaza de los Fueros, procedente de la Catedral, la procesión de la Cofradía

(1) El autor del artículo juega aquí muy donosamente con el doble sentido de la palabra «lamparones», y alude a la creencia popular según la cual, los monarcas de Francia, en el día de su coronación, tenían la virtud de curar la enfermedad de escrófula llamada antiguamente «lamparones» (por las manchas que dejaba en el cuello) con sólo poner sus manos sobre la cabeza de los enfermos.

del Sacramento con el Santísimo, al que acompañan el Cabildo y el Ayuntamiento.

La comitiva se detiene a la entrada de la plaza y, entonces, de la puerta del Santo Hospital (hoy de la puerta de la iglesia) sale, portada en andas por cuatro cofrades, la imagen de la Virgen, velado el rostro con un pañuelo negro, la cual es colocada bajo el templete que minutos después ha de abrirse (2).

Cuando el reloj del edificio municipal donde arman la decoración hace sonar las campanadas de las seis, es de ritual que la chiquillería tudelana cuente a grito pelado las horas:

¡Tan!     ¡ ¡ ¡Una!!!  
 ¡Tan!     ¡ ¡ ¡Dos!!!  
 ¡Tan!     ¡ ¡ ¡Tres!!!

Tras de la sexta campanada, se abren de par en par las puertas del camarín y de su fondo azul y cóncavo brota, menuda y blanca, la figura del Angel, al tiempo que la Banda municipal—que ha llegado con la procesión—rompe a tocar la Marcha Real.

El momento es interesante. El Angel (eligen para esto chicos pobres o huérfanos de seis a nueve años), pálido de emoción y de madrugada, inicia su travesía aérea santiguándose varias veces a una increíble velocidad. Luego, mientras su mano izquierda agita suavemente una banderola de seda blanca, mueve la diestra en ademán más que salutorio, natatorio.

Colgado con correas y ganchos de un rebullón de lana en forma ovoide y teñido de azul que simula una nube, va deslizándose a lo largo de la maroma enjabonada por medio de otra cuerda que, sujetando la nubecilla, es accionada por unos tornos. Lleva corona de latón, tirabuzones, un tonelete de seda con alas, y el tobillo derecho sujeto al rebullón de lana por una correa fina, a fin de mantener la pierna alzada en actitud de salto.

A medida que avanza sobre la plaza, la imagen de la Virgen se mueve, precediéndole, hasta colocarse frente a él y en lugar

(2) La imagen de la Virgen que toma parte en esta fiesta es la que existe en la capilla del Espíritu Santo de la Catedral, al lado de la Epístola. En la tarde del Sábado de Gloria terminadas las Vísperas, la Cofradía del Sacramento la traslada al Hospital, donde permanece hasta la hora de la función.

a propósito para que el Mensajero celestial pueda arrancarle el pañuelo de luto que cubre su cabeza.

Cuando el Angel, a fuerza de nadar en el aire de la mañana, llega a la altura de la Virgen, se santigua tres veces, le quita el velo y, tomando en los dientes una punta del mismo, se lo echa a las espaldas garbosamente. (La gente aplaude).

Vuelve a santiguarse a gran velocidad, vuelve a hacer sus zalemas de banderola, y los tornos, que se han detenido para dar lugar a esta escena, comienzan a girar al revés. El Angel, en la misma actitud natatoria, retrocede. Al llegar a mitad de la plaza, derrama sobre la multitud papelitos impresos que dicen ALELUYA y es ascendido hasta el templete, cuyas puertas se cierran tras él.

Seguidamente se incorpora a la procesión llevando una bandera, y la comitiva sigue su marcha hasta entrar de nuevo en la Catedral, donde se celebra la Misa Mayor, con el Sermón de la Resurrección, último que predica el Cuaresmero (3).

(3) En relación con la Bajada del Angel recuerdo dos anécdotas. La primera del insigne poeta tudelano Alberto Pelárea. En una ocasión, desesperado por un revés de la fortuna, abatido por una racha de mala suerte, tuvo, en medio de su desgracia, un escape de humor, y exclamó:

—Ya no me faltaba a mí mas que hacer de Angel; que se rompiera la maroma y que matara a un forastero.

La otra es del año 1931, en pleno hervor republicano. Ante el Alcalde de Tudela comparecieron tres mujeres del barrio de la Magdalena, acusadas de haber cantado, en son de «trágala», la Marcha Real.

El Alcalde les dice:

—¿Es cierto que ustedes tres cantaban la Marcha Real?

—No señor —respondieron a coro.

—¿Cómo que no? ¿Váis a negarlo cuando os oyeron estos dos alguaciles? (Señalando a los denunciantes).

Entonces, la más descarada de ellas, explicó así la cosa:

—Nosotras no cantábamos la Marcha Real. Estábamos cantando la Bajada del Angel. Pa que lo entienda usted.

En estos últimos años, y por causa del cambio de la hora, la función se celebra a las siete.

El chiquillo que hace de Angel suele ir, en la tarde del Sábado y en la del Domingo, recogiendo limosnas por las casas. Una hora antes de la función lo suben al piso de donde ha de salir por los aires. Los carpinteros que manejan el torno del lado opuesto de la Plaza y que han permanecido junto a él hasta última hora, tienen que responder a las preguntas de rigor:

—¿Qué tal está? ¿Tiene miedo?

Llorando estaba hasta hace poco, pero ahora está mucho sereno el «muete».

Es el momento en que las viejas suelen rezar para que no se caiga.

Jamás se ha dado el caso de caerse el Angel.

Explicada la «Bajada del Angel», me parece obligado dedicar unas líneas al Volatín.

Lllaman así en Tudela al muñeco de madera con articulaciones que, por medio de un torno, se voltea en el balcón del Ayuntamiento para significar la desesperación y muerte de Judas, el apóstol traidor.

La costumbre de zarandear este muñeco de madera grotescamente vestido arranca de principios del siglo XIV y desde entonces la Cofradía del Sacramento es la que patrocina y paga el sencillo espectáculo.

Hasta mitades del pasado siglo la función del Volatín tenía lugar en la Plaza Vieja. En la mañana del Sábado de Gloria lo colgaban de uno de los balcones de la Casa Consistorial, y allí permanecía hasta el mediodía del Domingo de Pascua.

En las «Memorias» de la citada Cofradía, recopiladas por Juan Antonio Fernández, se lee lo siguiente:

«Todo el tiempo que dura la función del Angel y el día antecedente desde que se tañen las campanas a la Gloria, se divierte al público con un Bolatín de madera que dá vueltas en otro de los balcones de la Ciudad. Antes de prohibirse los fuegos artificiales costeaba la Cofradía un árbol de fuego que, con los cohetes que se quemaban durante la función, ascendía a doscientos reales: había también hogueras, faroles y luminarias toda la noche, y se encendía la araña grande de la Iglesia».

El ya citado José Branet, dice, aludiendo a esta costumbre:

«Al Gloria in excelsis del Sábado Santo, se cuelga, en señal de regocijo a una de las ventanas de la Casa Ayuntamiento un «volatín», es decir un muñeco de madera de tamaño natural que danza mediante una cuerda. Se le hace hacer durante el día, mediante una manivela, prodigios de equilibrio, como a un payaso, lo que divierte singularmente al pueblo».

De lo que escribe D. Vicente Lafuente en el «Semenario Pintoresco» parece deducirse que las contorsiones más violentas del Volatín coincidían con la Bajada del Angel.

En el año 1851, al trasladarse ésta a la Plaza Nueva, trasladóse a ella el Volatín. Desde entonces la función se celebra a las diez en punto de la mañana del Sábado Santo, coincidiendo con el «Gloria in excelsis Deo» de la Misa de la Catedral y con el campaneo jubiloso de las parroquias.

Los «mocetes» cuentan también en alta voz las horas del





### La Bajada del Ángel

El célebre bibliófilo tudelano Juan Antonio Fernández (1752-1814) nos dejó este dibujo en uno de las hojas del libro de «Memorias da la Cofradía del Santísimo Sacramento de Tudela». El dibujo representa la Bajada del Ángel tal como se verificaba esta función en la Plaza de Santa María a finales del siglo XVIII. La «bajada» se celebraba al mismo tiempo que al espectáculo del «Volatín», cuya figura se ve a la derecha, junto a la torre de la Catedral. El Ángel cuelga bajo uno especie de timbal y lleva en la mano un cirio encendido.



### La Bajada del Angel

La presente fotografía (obtenida el 7 de Abril de 1901) representa el instante en que acaban de abrirse las puertas del templo y aparece (menudo y blanco) el Angel colgado de una nube de lana. Se ve, abajo, la imagen de la Virgen que, momentos después, se pondrá en marcha, precediendo al celeste mensajero, hasta situarse al otro extremo de la maroma que atraviesa la plaza.

(Foto archivo Nicolás Salinas)



### La Bajada del Angel

Esta fotografía, del año 1926, está tomada cuando el Angel, después de descubrir el rostro de la Virgen, le hace zalemas y agita su bandera, mientras es ascendido hacia el templete.

[Foto Teófilo Martínez]

reloj de la Plaza. El muñeco cuelga a la altura del primer piso al extremo de un largo vástago. Al dar la última campanada, los carpinteros que desde dentro mueven el torno, accionan éste de manera que el Volatín se ve forzado a realizar las más absurdas volteretas, en las posturas más violentas, ridículas y descoyuntadoras que cabe imaginar. Al principio le encienden un puro de pólvora que estalla ante sus narices y al final lo zarandean tan frenética y brutalmente, que se le cae el traje hecho jirones y acaba por perder los zapatos. La función dura unos minutos. Los chiquillos, abajo, celebran las contorsiones y se disputan los andrajos del Judas de madera, cuya figura es retirada en cuanto termina el ingenuo espectáculo.

José María IRIBARREN

BIBLIOGRAFIA

- 1) MARIANO SAINZ. «Apuntes tudelanos» Arts «Bajada del Angel» y «Volatín». Tomos 1.º y 2.º Tudela 1914.
- 2) JUAN ANTONIO FERNANDEZ. «Memorias y noticias de los progresos de la Cofradía del Santísimo Sacramento fundada en la Santa Real Iglesia Catedral de la Ciudad de Tudela del Reyno de Navarra», recopiladas por Juan Antonio Fernández. Año de 1787. (En el texto del libro se encuentra el curioso dibujo que reproduzco).
- 3) JOSEF BRANET. «Tudela en 1797—Según las notas de un emigrado gascón». Publicadas en la «Revista Internacional de Estudios Vascos». Año XVIII. Tomo XV, número 4. Oct.-Diciembre. 1924. Y en el «Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra». 2.º y 3.º trimestre de 1926.
- 4) VICENTE LAFUENTE. «La bajada del Angel». Artículo publicado con la firma «V. de la F.» en el «Semanario Pintoresco Español». Segunda serie. Tomo III. Págs. 117 y 118. Madrid 1841.
- 5) JOSE RAMÓN CASTRO. «Fiestas tradicionales—La Bajada del Angel», artículo publicado en «Diario de Navarra» el 30 de abril de 1930.
- 6) DIONISIO DE IBARLUCEA. «Atlas de la provincia de Navarra». Pamplona 1886.